LA NECESIDAD DE UNA VÍA ALTERNATIVA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás

Por vía de complemento a las ponencias de D. Marcelino Oreja y D. Olegario González de Cardedal, quisiera agregar dos breves notas, inspiradas en el trabajo que vengo realizando desde hace cuarenta años, como voluntario, en una Asociación internacional que presta servicios asistenciales de diverso orden en unos 150 países.

1. El hecho de colaborar en una Asociación de este género deja patente mi apertura a toda clase de personas, sin concesión alguna al racismo, la intolerancia, la incomprensión prepotente. Esta actitud benevolente no me ha impedido, sin embargo, advertir que los musulmanes suelen mostrar gran dificultad para integrarse en comunidades de distinta raza y religión; más bien, tienden a agruparse en círculos cerrados, que acaban convirtiéndose fácilmente en una especie de ghettos. Si se hallan en minoría, son muy exigentes en cuanto a sus derechos reales o supuestos y, cuando ostentan el poder, hacen con frecuencia gala de intolerancia, e incluso de agresividad, con cuantos no adoptan sus costumbres y profesan su fe. En España solicitan insistentemente permiso para edificar mezquitas en las ciudades más representativas y, a pesar de que ven cumplidos sus deseos, siguen demoliendo las iglesias cristianas en los países donde gobiernan.

Recientemente, el Cardenal-arzobispo de Barcelona, Mons. Carles, manifestó que estaba dispuesto a autorizar la construcción de una mezquita en su diócesis y esperaba que los musulmanes mostrasen menos belicosidad contra los cristianos en algunos de los países que están bajo su dominio. La prensa española levantó una ola de protestas airadas contra el prelado, y hubo quien tuvo la osadía de motejarle con los calificativos de racista y xenófobo. Ese ataque desmesurado

llevó al Cardenal a volver sobre sus pasos y neutralizar el levísimo reproche que había hecho a ciertos gobernantes musulmanes. La actitud de los periodistas responsables fue extremadamente desdichada por varias razones:

— Dejaron de lado el hecho, bien grave, de la situación crítica en que viven millones de personas por ser fieles a la fe cristiana;

— cometieron el atropello de injuriar a quien no hizo sino pedir sencillamente una actitud de reciprocidad;

— perdieron una ocasión propicia para reclamar una actitud de respeto a los derechos humanos de personas indefensas.

En Europa tuvimos grandes conflictos a causa de la escisión provocada en el cristianismo por la Reforma protestante. Actualmente, esta desunión apenas causa problemas sociales. Estimo que no sería deseable introducir en la Unión Europea grupos humanos numerosos que tal vez puedan integrarse políticamente en la misma, pero que permanecerán sin duda en un aislamiento hosco, cuando no hostil.

La fidelidad a las prácticas religiosas que muestran los musulmanes es una actitud valiosa que puede servir, tal vez, de acicate para superar la apatía de algunos cristianos occidentales. Pero la vinculación fanática que establecen a menudo entre religión y política constituye una fuente de ingentes conflictos sociales.

2. Por afectar profundamente a las convicciones íntimas de las personas y a su compromiso comunitario, las creencias religiosas juegan un papel decisivo en la configuración de la convivencia humana. Las formas de vida, de pensamiento y creatividad propias de Europa fueron troqueladas en muy buena medida por la fe cristiana. No responde a la realidad histórica afirmar que Europa en la actualidad es «laica», en sentido de «no religiosa». La fe se ha amenguado en buen número de personas, pero la estructura mental de los europeos sigue estando configurada, en buena parte, por la apertura a la trascendencia que promueve la fe cristiana.

Basta, para constatarlo, recordar algunas de las grandes manifestaciones de la cultura europea, no sólo en teología, sino en filosofía, literatura, arte plástico, arquitectura, música, ciencia...

— De Hegel han dicho grandes especialistas que significa «la plenitud de Europa». Su influencia en diversos órdenes de la vida se extiende hasta el momento actual. Pues bien, su ingente obra filosófica no es concebible sin su dedicación temprana a estudios teológicos y bíblicos. El pensamiento heideggeriano supone

una alta cota en el pensamiento europeo contemporáneo. El ascenso del *ente* al *ser* proclamado por Martin Heidegger depende primordialmente de su atención a los escritos místicos, abiertos con decisión a la trascendencia. Karl Jaspers no es un pensador específicamente cristiano, pero toda su investigación filosófica está polarizada en torno al ascenso a la trascendencia.

— La música europea tuvo su origen en el canto gregoriano, que asumió en sí la cultura de la sinagoga hebrea, la técnica musical griega y la espiritualidad comunitaria del monacato cristiano. Una vez llegado a su madurez, el gregoriano inspiró el nacimiento de los cantos trovadorescos y dio lugar al descubrimiento de la polifonía, la franco-flamenca sacra, en principio, y, posteriormente, los madrigales típicos de las distintas naciones europeas. En su momento de plenitud, esta polifonía colaboró al surgir de la potente música barroca, que tuvo en las cantatas religiosas de Juan Sebastián Bach y en los oratorios de Georg Friedrich Haendel su máxima floración. El barroco, a su vez, es indispensable para entender la perfección formal del clasicismo vienés, cuya cumbre viene marcada por tres obras geniales, abiertas —desde perspectivas distintas— a la trascendencia religiosa: el oratorio *La creación,* de J. Haydn, la ópera *Don Giovanni,* de Mozart, y la *Missa Solemnis,* de Beethoven. Hasta nuestros días, la música sacra y la inspirada de alguna forma en una realidad trascendente marcan las cotas más altas e influyentes de una creatividad artística inagotable. Recuérdese, entre otros, a Mendelsohn, Wagner, Poulenc, Strawinski...

— La ciencia y la técnica, actividades características del pensamiento europeo, surgieron en una atmósfera intelectual configurada por la convicción de que el mundo, creado de forma bien ordenada y articulada por el Ser Supremo, fue confiado al cuidado del hombre. «*Aunque es cierto* —escribe Albert Einstein— *que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional. De no haber estado dotada esta convicción de una fuerte carga emocional, y de no haber estado inspirados ellos en su búsqueda por el «amor dei intellectualis» de Spinoza, difícilmente habrían podido dedicarse a su tarea con esa infatigable devoción, única que permite al hombre llegar a las más encumbradas metas*»[1].

[1] Cfr. W. HEISENBERG y otros, *Cuestiones cuánticas,* Kairós, Barcelona, 1987, pág. 170. Véase, además, W. HEISENBERG, *Más allá de la física,* BAC, Madrid, 1971, págs. 240-242; P. LAÍN ENTRALGO, *Panorama histórico de la ciencia moderna,* Guadarrama, Madrid, 1963, págs. 465-472 (texto de Kepler).

Si nuestra inteligencia posee las tres condiciones propias de la madurez intelectual, a saber: *largo alcance, comprehensión y profundidad*, no podemos menos de reconocer que la fe cristiana se halla en las raíces del pensamiento y la vida de Europa. Es un sinsentido ignorarlo actualmente o dejarlo de lado, sobre todo a la hora de configurar instituciones que perfeccionen la unidad europea. Bien sabemos que *la unidad se asienta en lo profundo*, en las creencias que sostienen el entramado cultural y espiritual de los grupos humanos.

Debido a su interna diversificación, la Unión Europea está encontrando dificultades no leves para configurar una estructura política unitaria y bien trabada. No parece prudente incrementar en ella notablemente la diversidad de las culturas mediante la integración plena de una nación populosa y extraordinariamente distante en muchos aspectos. Convendrá recurrir a una forma alternativa de vinculación, un modo de unión menos estrecho, que nos permita colaborar en diversas vertientes pero a cierta distancia en el aspecto social.